

PARTE 6

MARTINA Y LOS CUENTOS DE AJEDREZ

Mentes y Puños



Rodrigo Estrada

Cuentos de Ajedrez para Dormir

Créditos y Licencia

Martina: Cuentos de Ajedrez para Dormir — Parte 6: Mentas y Puños

Escrito por: Rodrigo Estrada (Papá de Martina)

Ilustraciones: Generadas con Inteligencia Artificial y editadas por el autor.

Sitio Web Oficial: <https://martinachess.com>

Código Fuente: <https://github.com/raestrada/martina>

Este libro recopila los cuentos de la **Parte 6** publicados originalmente en formato digital en el sitio web oficial de Martina. Cada historia está diseñada para enseñar conceptos reales y prácticos de ajedrez (tácticas, finales, aperturas, resiliencia y mentalidad deportiva) a través de aventuras surrealistas y humor absurdo adecuado para niños.

Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional (CC BY-NC-SA 4.0)

Usted es libre de compartir (copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato) y adaptar (remezclar, transformar y construir a partir del material) bajo las siguientes condiciones:

- **Atribución (BY):** Debe otorgar el crédito correspondiente de manera adecuada, proporcionar un enlace a la licencia e indicar si se realizaron cambios.
- **No Comercial (NC):** No puede utilizar este material con fines comerciales.

- **Compartir Igual (SA):** Si remezcla, transforma o crea a partir del material, debe distribuir sus contribuciones bajo la misma licencia que el original.

Índice

Cuento 31. El Gimnasio del Tablero	
Cuento 32. El Puño y la Pieza	
Cuento 33. Entrenando a lo Loco	4
Cuento 34. La Escopeta Humana	4
Cuento 35. El Puño Sucio	4
Cuento 36. La Pelea Final	4

CUENTO 31

El Gimnasio del Tablero

Donde las piezas del reino descubren un deporte donde pegar está permitido, los caballos hacen sparring, y Peoncito intenta boxear sin brazos

Todo empezó porque el Caballo de N, en uno de sus saltos erráticos, aterrizó sobre la casilla de un peón que no se apartó a tiempo. Hubo un choque. Un crujido. Y en un momento de disculparse, el caballo dijo:

—Perdón. Pero ha dolido menos de lo que esperaba. De hecho, casi no ha dolido. De hecho, ha sido un poco satisfactorio. ¿Puedo hacerlo otra vez? Con más... intención.

El peón, ofendido pero curioso, aceptó. Y así, sin que nadie lo planeara, nació el deporte de contacto del Reino de las Sesenta y Cuatro Casillas.



Dos semanas después, el reino era irreconocible. Donde antes había silencio y concentración, ahora había cuerdas de terciopelo marcando cuadriláteros improvisados. Donde antes se servían empanadas de Apertura Italiana, ahora había «Empanadas de Guardia» (con extra proteína) y «Empanadas de Gancho» (con forma curva). Torreta había diversificado su negocio: «Si la gente quiere pelear mientras juega, yo vendo empanadas mientras pelea. El capitalismo es así.»

El Alfil Exiliado, que jamás había mostrado interés por los deportes físicos, era ahora el comentarista oficial. «Señoras y señores, piezas y peones, bienvenidos a la primera ronda de... —hizo una pausa dramática—... CHESS BOXING del Reino.»

—Ese nombre no tiene sentido —dijo Peoncito—. Chess es ajedrez y boxing es boxeo. Son cosas distintas.

—Por eso es genial —respondió el alfil—. Como la empanada de Fianchetto. No la pide pero ahí está.



Martina llegó al reino justo cuando empezaba el primer combate de exhibición: Pe contra otro peón. Estaban en el centro del cuadrilátero, rodeados de cuerdas q peones-rueda sujetaban con los dientes.



—¡Ding! —hizo sonar una campana el Reloj Parlante, que se había autoproclamado árbitro. ¡Tres minutos de ajedrez! ¡Luego tres minutos de boxeo! ¡Quien haga jaque mate o KO gana!

Peoncito jugó e4. Su rival jugó e5. Peoncito Cf3. Su rival Cc6. Y entonces, justo cuando Peoncito iba a jugar Ac4, el rival le dio un cabezazo.

—¡Falta! —gritó el Reloj Parlante—. ¡Golpe ilegal! ¡Dos minutos de penalización!

—No ha sido un golpe —protestó el rival—. Es que soy peón. Solo puedo mover de un espacio a uno. En boxeo los puños también. Es lo mismo pero duele más. Y la cabeza es como un huevo.

pero en la frente. No sé. Tiene sentido en mi dimensión.

Peoncito, frotándose la frente, se ajustó el bigote. «Esto es ridículo —dijo—. No tengo | para pegar. ¿Cómo voy a boxear?»

—Con actitud —respondió el Caballo de N, que estaba en la esquina haciendo soml boxeo con las pezuñas—. El boxeo no es de brazos. Es de corazón. Y de bigote.

—Mi bigote no pega.

—El mío tampoco. Pero intimida.



La Sombra apareció en la esquina del ring. Literalmente. Era la esquina. Las so siempre aparecen en las esquinas. Es su lugar natural.

—Por fin —dijo—. Un deporte que entiendo. Ajedrez y boxeo. Estrategia y violencia. Caída, pero con reglas. —Hizo una pausa—. Bueno, algunas reglas. Las justas. El boxeo puede pegar. Es lo más cercano a hacer trampa legalmente.

—Eso no es hacer trampa.

—Claro que no. Es mejor. Es trampa con árbitro. Trampa regulada. Trampa con guante Sombra se estremeció de placer—. Es hermoso.

La Reina Negra, que estaba en el público, estornudó. «Es la emoción —aclaró—. No como recaída.»

—Has estornudado tres veces en este cuento.

—Son estornudos deportivos. No cuentan. Está en el reglamento. —Mostró un papel redacté yo. Es válido.



Martina observó el caos con fascinación. Piezas boxeando. Caballos haciendo sp Peones sin brazos intentando dar puñetazos con la dignidad. El Alfil Exiliado narrando si fuera la final del mundo.

—Esto es increíble —dijo—. Ajedrez y boxeo. Dos mundos que se juntan. Como la masa rellena.

—Como el tomate y la albahaca —añadió Torretea.

—Como el bigote y el peón —añadió Peoncito.

—Esa metáfora no funciona —dijo Martina.

—Ninguna de mis metáforas funciona. Pero molan.

El Rey Blanco, desde su asiento de primera fila, se puso de pie. —Yo quiero participar — Nunca he boxeado. Nunca he peleado. Pero he aprendido a caminar. Y creo que box como caminar pero con más... puños.

—Los reyes no boxean —dijo la Reina Blanca—. Los reyes reinan.

—Los reyes modernos hacen lo que les da la gana. He leído un libro. Se llama «Reyes Hacen Cosas». Solo tiene una página. Pero es inspiradora.

Martina se levantó. Algo dentro de ella se había encendido.

—En mi mundo —dijo— también existe el chess boxing. Y creo... creo que voy a probarlo

La Sombra se incorporó, interesada. «¿Tú? ¿Boxear? Eres una niña de nueve años.»

—Soy una niña de nueve años que juega ajedrez contra maestros. Que enfrenta tram sin pestañear. Que ha vencido a un pez que calcula tres millones de jugadas por segundo. ¿Crees que un puño me va a asustar más que un jaque mate?

La Sombra se quedó en silencio. Luego dijo:

—Eso es verdad. Eres aterradora. Me gusta.

Fin del trigésimo primer cuento.

Continuará...

El Secreto detrás del Cuento

El chess boxing existe de verdad: 3 minutos de ajedrez, 3 de boxeo. Ganas por jaque mate o por KO. Esta partida muestra cómo el ajedrez y la estrategia se combinan en un solo deporte.

 ¡Juega la partida en tu pantalla!



Escanea este código QR con tu móvil o haz clic en el enlace para abrir el tablero interactivo en martinachess.com y reproducir cada jugada.

<https://martinachess.com/cuentos/31-el-gimnasio-del-tablero.html#partida-real>

CUENTO 32

El Puño y la Pieza

Donde Martina entra a un gimnasio de chess boxing, conoce a un prodigio que jamás pierde, lo desafía... y descubre que casi ganar es la mejor forma de saber que puedes ganar

El gimnasio se llamaba «Tablero de Hierro». Estaba en un polígono industrial, entre una fábrica de muebles y un taller de chapa y pintura. Por fuera parecía abandonado, pero dentro olía a sudor, a cuero de guantes viejos y a ajedrez. Sí, a ajedrez. Los tableros estaban junto a los sacos de boxeo. Los relojes, al lado de las cuerdas de saltar. Las piezas, mezcladas con las vendas. Era el lugar más extraño y maravilloso que Martina había visto en su vida.



—Bienvenida —dijo una voz ronca desde el fondo.

Un hombre mayor, de cejas pobladas y espalda ancha como un tablero, se acercó coj ligeramente. Tenía una cicatriz en la ceja izquierda y un reloj de ajedrez colgado del Como si el tiempo fuera su segundo corazón.

—Soy Don Kamo —dijo—. Esto es el Tablero de Hierro. Aquí enseñamos a jugar y a pe veces las dos cosas a la vez. A veces una después de la otra. Depende del día. Y del del humor.

Martina lo observó. Aquel hombre exudaba sabiduría como otros exudaban sudor. No falta que hablara mucho. Lo poco que decía pesaba más que un saco de boxeo lleno de libros de ajedrez.



—¡DON KAMO! —Una voz estridente resonó en el gimnasio—. ¡Hay una NIÑA en la p...
¡Una niña con shorts de vóley! ¡Y no lleva guantes! ¡Y no trae tablero! ¿Qué clase de pe...
viene a un gimnasio de chess boxing sin guantes ni tablero?

Un muchacho alto, de pelo revuelto y sonrisa de tiburón, apareció saltando a la c...
Saltaba tan rápido que la cuerda era un borrón. Y mientras saltaba, recitaba jugad...
ajedrez.

—e4, c5, Cf3, d6, d4... ¡y salto doble! —La cuerda zumbó—. Soy Taka. El futuro campe...
mundo de chess boxing. El presente campeón de mi casa. El pasado campeón de...
porque antes no existía este deporte. Pero si hubiera existido, habría sido campeón tal...
Soy imbatible. En mi mente.

—Taka es nuestro as —dijo Don Kamo—. Habla mucho. Pega más. Juega bien. No tanto...
habla, pero bien.

—¡JUEGO MEJOR QUE HABLO! —gritó Taka, sin dejar de saltar—. ¡Y hablo MUCHO!



En una esquina del gimnasio, ajeno al escándalo de Taka, un chico de la edad de M...
practicaba solo. No boxeaba. No jugaba ajedrez. Hacía las dos cosas. Movía una pieza...
tablero, se levantaba, lanzaba tres jabs al saco, volvía al tablero, movía otra pieza.

otra vez. Como un metrónomo. Como un reloj. Como alguien que había encontrado el perfecto entre el puño y la pieza.

—Ese es Mitaka —dijo Don Kamo—. No habla. No sonríe. No celebra. Solo juega. Solo p nunca pierde.

Mitaka giró la cabeza. Sus ojos eran dos tableros en calma. Miró a Martina. Mart sostuvo la mirada.

—Eres nueva —dijo Mitaka. No era una pregunta. Era una evaluación.

—Soy Martina.

—Lo sé. He visto tus partidas. La del tramposo. La del genio. La del pez. Eres buena. una pausa—. En ajedrez.

—¿Y en boxeo?

—Eso está por verse.



Martina no lo dudó. «Juguemos —dijo—. Ajedrez y boxeo. Una ronda de cada. Para ver tal.»

Mitaka la miró. Luego miró a Don Kamo. Don Kamo asintió.

—Acepto —dijo Mitaka—. Pero te advierto: no voy a contenerme. Ni en el tablero ni en el

—No te lo pediría.

La fase de ajedrez fue un duelo de estilos. Mitaka jugaba como un cirujano. Preciso. Sin una sola imprecisión. Martina jugaba como un huracán. Agresivo. Creativo. Sin una duda. Mitaka llevó la partida a un final de torres donde Martina, que odiaba los

aburridos, intentó un sacrificio de peón para buscar contrajuego. Mitaka lo vio y lo neutralizó. Martina abandonó en la jugada treinta y dos.

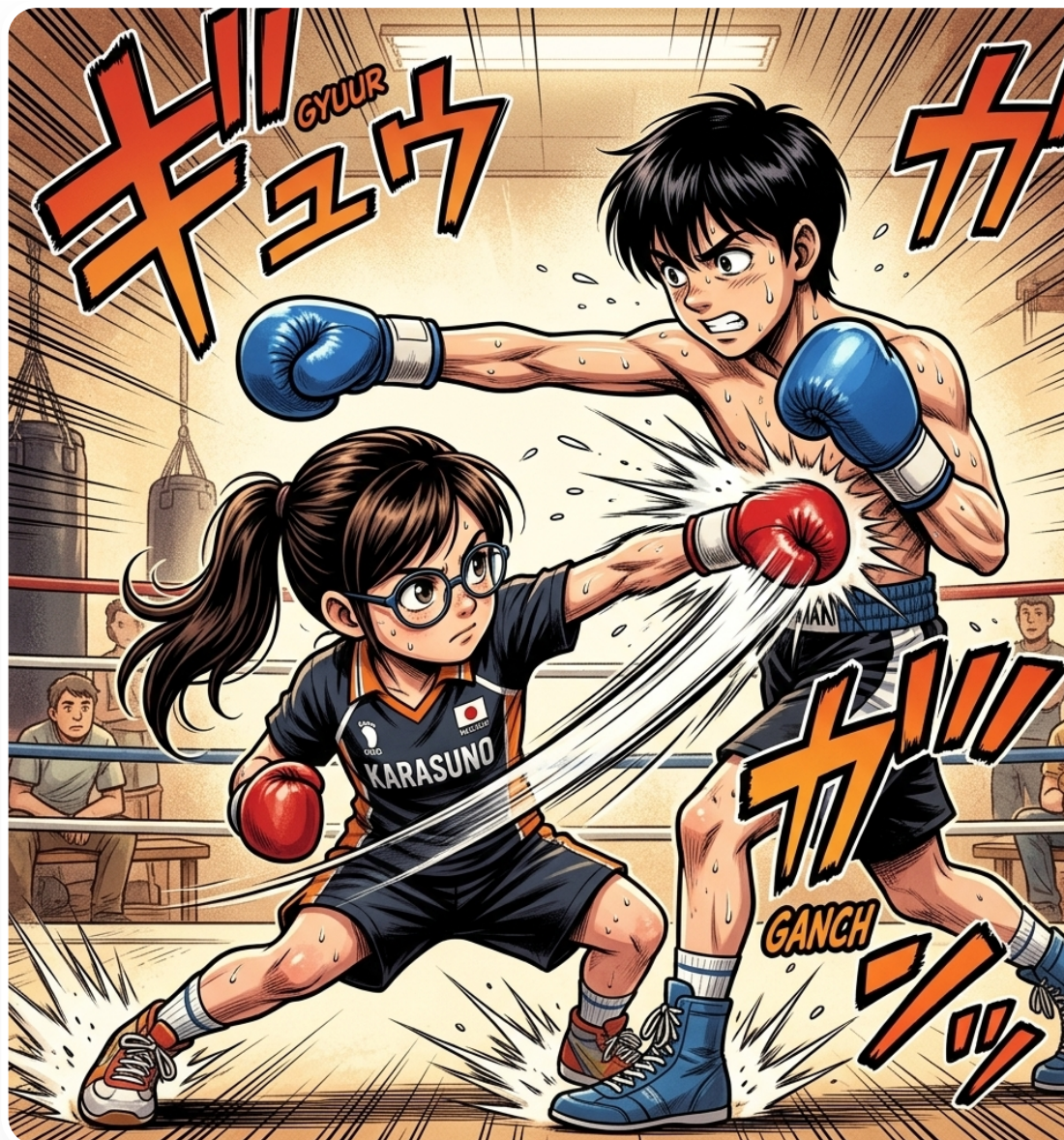
—Bien —dijo Mitaka—. Ahora el boxeo.

Se pusieron los guantes. Don Kamo hizo de árbitro. Tres minutos. Sin casco. Aprendizaje.

Mitaka era rápido. Muy rápido. Sus jabs salían como movimientos de peón: uno, dos, uno. Precisos. Medidos. Martina intentó esquivar, pero no tenía técnica. Recibió dos. Tres. Cuatro. Pero no se cayó. Aguantó. Como siempre. Como en el tablero.

Y entonces, en el último minuto, Martina hizo lo que siempre hacía: se metió para adentro. Sin miedo. Sin dudar. Mitaka no se lo esperaba. Nadie se metía para adentro contra él. Mitaka era el que se metía para adentro. Pero Martina entró igual. Y conectó un gancho al cuerpo.

Mitaka se dobló. Solo un segundo. Pero se dobló.



—¡TIEMPO! —gritó Don Kamo.

Mitaka se incorporó. Miró a Martina. Sus ojos ya no eran dos tableros en calma. Eran tableros removidos. Piezas caídas. Reyes tambaleándose.

—Ese gancho... —dijo—. No me lo esperaba.

—Lo sé —dijo Martina, jadeando—. Por eso funcionó.



Esa tarde, Martina se inscribió al torneo de novatos de chess boxing. Cinco semanas. rivales. Un solo ganador.

—Vas a necesitar entrenar —dijo Don Kamo—. Mucho. Muy duro. Todos los días. Ajedrez la mañana. Boxeo por la tarde. Y por la noche... —hizo una pausa—... dormir. Porque sin eso no se calcula ni se pega.

—Acepto.

Taka, que había estado escuchando desde el ring, soltó la comba.

—¿Vas a entrenar en serio? ¿Tú? ¿La niña de los shorts de vóley? —Se acercó—. Mucho. Pero si lloras, yo no te consuelo. Yo solo consuelo campeones. Y tú aún no eres campeón. Eres... —la evaluó—... una promesa. Con suerte. Y con gancho.

—No voy a llorar.

—Eso dijeron todos. Y todos lloraron. —Taka sonrió—. Pero a ti te creo. Tienes o no, fajadora.

—¿Fajadora?

—De las que aguantan. De las que se meten. De las que reciben diez golpes y devuelven uno, pero el suyo duele más. —Le dio una palmada en el hombro que casi la tumbó—. Bienvenida al Tablero de Hierro, fajadora.

*Fin del trigésimo segundo cuento.
Continuará...*

El Secreto detrás del Cuento

En chess boxing, ganas por jaque mate o por KO. Pero a veces lo importante no es ganar primer combate: es descubrir que puedes ganar el siguiente.

 ¡Juega la partida en tu pantalla!



Escanea este código QR con tu móvil o haz clic en el enlace para abrir el tablero interactivo en martinachess.com y reproducir cada jugada.

<https://martinachess.com/cuentos/32-el-puno-y-la-pieza.html#partida-real>

CUENTO 33

Entrenando a lo Loco

Donde el Caballo de N se convierte en entrenador de footwork,
Torreta enseña guardia de torre, y la Sombra da clases magistrales de
cómo detectar trampas

Martina se durmió con los nudillos doloridos y el cerebro lleno de jugadas. Don le había dicho: «Cinco semanas. Entrena como si cada día fuera la última». Taka le había dicho: «Si vomitas, es que estás entrenando bien. Si no vomitas, entrena». Martina no sabía si Taka hablaba en serio o era una de sus exageraciones. Probablemente ambas cosas.

Despertó en el Reino de las Sesenta y Cuatro Casillas, convertido ahora en un carril de entrenamiento de chess boxing.



El Caballo de N llevaba una camiseta que decía «COACH DE FOOTWORK» (escritura a lo largo, la h estaba torcida) y un silbato colgado del cuello.

—¡Bienvenida al módulo de footwork! —relinchó—. El juego de pies es lo más importante del boxeo. Y del ajedrez. Y de la vida. Si no sabes mover los pies, no sabes mover nada.

—Tú saltas en L. A veces en N. No sé si eres el mejor ejemplo.

—Precisamente. Si yo puedo moverme como me muevo y aun así sobrevivir, imagínate con mi entrenamiento. Serás imparable. —El caballo dio un salto. Fue una L. Se le miró, incrédulo—. ¡He saltado en L! ¡Dos veces seguidas! ¡El footwork me está curando!

—Eso no es científicamente posible.

—En este reino, la ciencia es opcional.



Torreta había instalado un ring de entrenamiento junto al carrito de empanado. Los peones-rueda hacían de cuerdas (y se quejaban).

—Módulo de guardia —anunció Torreta—. La guardia en boxeo es como el enroque en ajedrez: proteges al rey mientras preparas el ataque. Agáchate. Brazos arriba, pegados al cuerpo. Como una torre enrocada. Como yo. Las torres somos la guardia perfecta. Llevamos siglos practicando.

—Tú no boxejas —dijo Martina.

—No. Pero si boxeara, sería imbatible. Tengo forma de torre. ¿Has visto un puño pegar a una torre? La torre gana. Siempre. A menos que sea una torre de papel. Pero yo soy de piedra.

—Eres de piedra gris.

—Gris sólido. Mejor todavía.



El Alfil Exiliado se había autoproclamado «Director Técnico de Estrategia de Combate». Su módulo consistía en analizar partidas de chess boxing en un tablero portátil mientras comentaba con grandilocuencia.

—Observa esta posición —dijo, señalando un diagrama—. Las blancas acaban de recibir un uppercut. Pero en vez de defenderse en el boxeo, contraatacan en el ajedrez. Sacrifican el alfil. El rival se desconcentra por la belleza de la jugada. Y entonces... ¡gancho de izquierda! El alfil estaba sudando de la emoción—. Esto es arte.

—Eso no es una partida real.

—Es una partida que podría ser real. Que es casi mejor.



La Sombra apareció al final del día. No llevaba equipo de entrenamiento. No llevaba s
Llevaba su cuaderno. El cuarto ya.

—Módulo avanzado —dijo—. Cómo detectar trampas en chess boxing. Porque en
deporte, las trampas no son solo mover piezas o estornudar. Son codos. Cabezazos. C
bajos. Presión al árbitro. Y sobre todo: provocación. —Abrió el cuaderno—. Hay un riva
torneo que usa todas estas técnicas. Se llama Machado.

—¿Machado?

—Usa los codos mejor que yo los estornudos falsos. Y eso es decir mucho. Yo inve
estornudo táctico. Lo patenté. Bueno, no se puede patentar un estornudo. Pero lo inter

—No respondiendo. No cayendo. No devolviendo la trampa con trampa. —La Sombra c
cuaderno—. Se vence jugando limpio. Y pegando más fuerte. Mucho más fuerte.

—Lo sé. Estoy evolucionando. Es una pesadilla.

Fin del trigésimo tercer cuento.

Continuará...

El Secreto detrás del Cuento

El entrenamiento de chess boxing combina ajedrez táctico y boxeo físico. Esta parte muestra cómo la preparación mental y física son dos caras del mismo tablero.

 ¡Juega la partida en tu pantalla!



Escanea este código QR con tu móvil o haz clic en el enlace para abrir el tablero interactivo en [martinachess.com](https://martinachess.com/cuentos/33-entrenando-a-lo-loco.html#partida-real) y reproducir cada jugada.

<https://martinachess.com/cuentos/33-entrenando-a-lo-loco.html#partida-real>

CUENTO 34

La Escopeta Humana

Donde Martina sobrevive a la furia de Sendoro y al martillo de Ozuna,
mientras en el otro lado del cuadrilátero alguien juega sucio

El torneo de novatos se celebró en un polideportivo que habían transformado en de chess boxing. Tres rings. Dieciséis competidores. Un solo campeón. Las reglas simples: tres minutos de ajedrez, un minuto de descanso, tres minutos de boxeo. Se re hasta que alguien ganaba por jaque mate, KO, o decisión de los jueces. Y si perdías, te casa. Sin medalla. Sin gloria. Con los nudillos doloridos y el orgullo magullado.

Martina entró con su polera de ajedrez, sus shorts de vóley y una determinación ocupaba más espacio que su equipaje. Don Kamo estaba en su esquina. Taka, en la gritando consejos que nadie le había pedido. Y Peoncito, en el bolsillo, con un casco diminuto y un bigote encerado a prueba de golpes.



Primer combate: Martina vs. Sendoro.

Lo apodaban «La Escopeta Humana». Y el apodo le quedaba bien. En ajedrez, jugaba cada pieza fuera un cartucho: sacrificaba peones, alfiles, torres, lo que hiciera falta para de abrir líneas contra el rey enemigo. Sus partidas eran un caos de gambitos y ataques desordenados. A veces funcionaba. A veces no. Pero siempre era peligroso.

En boxeo, era igual. Golpes desde todos lados. Ganchos, directos, uppercuts. Sin orden de defensa. Sin plan. Solo potencia. Potencia bruta. Como si sus puños tuvieran motor por su cerebro estuviera de vacaciones.

—Estás loco —dijo Martina, esquivando un gancho que le pasó rozando la oreja.

—¡LOCO NO! —rugió Sendoro—. ¡POTENTE!

Martina aplicó lo que Don Kamo le había enseñado: paciencia. En ajedrez, esperó Sendoro sacrificara demasiado y se quedara sin ataque. Cuando las piezas de Se estaban dispersas y su rey en el centro, Martina lanzó el contraataque. Mate en cinco.

En boxeo, hizo lo mismo. Dejó que Sendoro se cansara. Golpe tras golpe. Oleada tras oleada. Y cuando Sendoro bajó la guardia, agotado de su propia furia, Martina se metió adelante y conectó un gancho al cuerpo. Sendoro se dobló. El árbitro contó. Sendoro no se levantó.



—Ganadora: Martina —anunció el speaker.

—Eres una fajadora de verdad —dijo Taka desde la grada—. ¡Aguantas y contratas!
¡Como un reloj! ¡Pero un reloj que pega!



Segundo combate: Martina vs. Ozuna.

Lo apodaban «El Martillo». Porque todo lo que hacía era martillar. En ajedrez, jugó el Gambito de Rey como si no existiera otra apertura en el universo. e4, e5, f4. Si se sacrificaba el peón de f y luego atacaba, atacaba, atacaba. Como un martillo neumático sin sutileza. Sin pausa. Sin piedad.

En boxeo, era igual. Gancho de izquierda. Gancho de derecha. Otro gancho. Otro martillo. Pero sabía lanzar otra cosa. Pero sus ganchos eran terribles. Como si cada brazo fuera un péndulo de demolición.

Martina resistió el Gambito de Rey en el tablero. Lo conocía bien. Aceptó el peón sacrificado, consolidó su posición, y luego contraatacó en el centro. Ozuna, sin plan B, se desmoronó. Mate en la jugada veintitrés.

En boxeo, el primer gancho le dio en el hombro. El segundo, en las costillas. El tercero, en la cabeza. Martina lo bloqueó. Y luego, como siempre, se metió para adentro. Donde Ozuna no podía lanzar ganchos porque no tenía espacio. Y allí, en la distancia corta, Martina conectó directo a la mandíbula.

Ozuna cayó. Se levantó a la cuenta de ocho. Pero sus piernas ya no eran las mismas. El árbitro paró la pelea.

—¡Otra vez! —gritó Taka—. ¡La fajadora que se mete! ¡La que aguanta! ¡La que gana!



Pero no todo eran victorias limpias en aquel torneo.

En el otro lado del cuadrilátero, Mitaka peleaba contra Machado. Y lo que Martina vio l helada.

Machado era alto. Muy alto. Con unos brazos que parecían dos alfiles apuntan diagonal. En ajedrez, jugaba de forma impecable, pero siempre al borde del reglar presionaba el reloj justo cuando el rival iba a mover, tosía en los momentos clave, aj piezas «sin querer». Lo de siempre. El catálogo completo de la Sombra.

En boxeo, era peor. Sus jabs salían como látigos. Y de vez en cuando, cuando el árbi miraba, el codo. Un codazo en la ceja de Mitaka. Otro en las costillas. Mitaka sangraba no se rendía.

Y entonces, en la última ronda de ajedrez, Machado hizo algo que Martina recono instante: presionó el reloj de Mitaka antes de que terminara su turno, acusándolo de p de tiempo. El árbitro dudó. Mitaka protestó. Machado sonrió. Y en ese instante de con Mitaka perdió la concentración. Cometió un error. Machado lo castigó sin piedad.

Mitaka cayó en el tablero. Y luego, en el ring, un uppercut de Machado lo mandó a l KO.



Martina apretó los puños. No de rabia. De determinación.

—Ese es mi rival —dijo—. En la final.

Don Kamo asintió. «Lo sé. Y vas a necesitar más que puños para ganarle. Vas a necesitar cabeza.»

Fin del trigésimo cuarto cuento.

Continuará...

El Secreto detrás del Cuento

En el chess boxing, como en la vida, hay rivales que juegan limpio y rivales que no. diferencia no está en ellos: está en cómo decides enfrentarlos.

 ¡Juega la partida en tu pantalla!



Escanea este código QR con tu móvil o haz clic en el enlace para abrir el tablero interactivo en martinachess.com y reproducir cada jugada.

<https://martinachess.com/cuentos/34-la-escopeta-humana.html#partida-real>

CUENTO 35

El Puño Sucio

Donde la Sombra imparte su mejor clase magistral, la Reina Negra comparte su pasado oscuro, y Martina entiende que al tramposo no se le vence con rabia: se le vence con cabeza fría y puño caliente

Martina despertó en el reino con los nudillos apretados. No de dolor —el dolor ya había pasado, o al menos se había instalado en un rincón donde no molestaba de determinación. Mañana era la final. Mañana se enfrentaba a Machado. El tramposo los codos. El que había destrozado a Mitaka.

Pero no estaba nerviosa. Estaba... concentrada. Como un alfil apuntando a una dia Como un caballo a punto de saltar. Como una torre en séptima fila. Todas las piezas sitio. Solo faltaba la última.



La Sombra la esperaba en la esquina a1. El lugar donde siempre aparecía cuando tenía algo importante que decir. Esta vez llevaba una pizarra portátil. Una pizarra de humo, con un poco de humo, donde había dibujado un diagrama.

—Clase magistral —anunció—. Tema: El Tramposo y Cómo Aplastarlo Sin Convertirte en Uno. Lección uno: no te enfades.

—¿No me enfade?

—El tramposo quiere que te enfades. El enfado nubla el juicio. El juicio nublado pierde las partidas. Las partidas perdidas alimentan al tramposo. Es el ciclo de la trampa. —Señalando el diagrama—. Mira. Esto es Machado. Cuando usa el codo, cuando presiona el reloj, cuando se tumba en tu turno... no está jugando ajedrez ni boxeando. Está jugando contigo. A tu medida.

respondes con rabia, has perdido. Si ignoras y sigues jugando... —borró una flecha del diagrama—... le has quitado su mejor arma.

—¿Y si el árbitro no lo ve?

—Le pides educadamente que se fije. Sin gritos. Sin aspavientos. «Árbitro, creo que el caballero está usando el codo. ¿Podría vigilarlo? Gracias.» Dicho así, con calma, el árbitro cree. Si gritas, pareces una quejica. Y los árbitros odian a los quejicas.

—Eso es muy específico. Parece que hablas por experiencia.

—He observado a muchos tramposos. Incluida yo misma. Sé cómo piensan. Sé cómo actuar. Y sé cómo se les vence. —La Sombra cerró la pizarra—. Con cerebro. Y después... —hizo una pausa—... con puño.



La Reina Negra apareció sin hacer ruido. Llevaba su corona de pañuelos, pero solo uno. El justo. El necesario. Nada más.

—Quiero contarte algo —dijo—. Algo que nunca le he contado a nadie. Bueno, se lo conté a mi médico falso. Pero él no existe, así que no cuenta.

Martina esperó.

—Yo también fui tramposa. Bueno, no tramposa exactamente. Mentira. Sí, tramposa. Pero gané el jaque mate con la excusa del bienestar emocional. Pero en realidad era por mis alfileres. Falsifiqué un certificado médico. Convencí a todo un reino de que las tablas eran el único camino. ¿Y sabes qué pasó?

—Que llegué yo y te gané.

—Exacto. Y estornudé. Mucho. —La Reina Negra sonrió—. Pero después de eso, algo cambió. Dejé de tener miedo. Dejé de poner excusas. Empecé a jugar de verdad. Y ahora... —mostró su certificado renovado—... cero estornudos en trece cuentos. No está mal.

—¿Y qué tiene que ver con Machado?

—Que Machado es como yo era. Juega con miedo. Miedo a perder. Miedo a que descubran que sin trampas, no es tan bueno. Y ese miedo es su debilidad. Si tú juegas sin miedo, te desmorona. Porque los tramposos no saben qué hacer contra alguien que no se puede intimidar.

Martina asintió. La Reina Negra, la que había sido su primera gran rival, acababa de darle la clave.





Esa noche, Martina no entrenó boxeo. No repasó aperturas. Se sentó en el cent tablero, con las piernas cruzadas, y respiró. Solo respiró. Como le había enseñado Don «A veces el mejor entrenamiento es no hacer nada.»

Peoncito se sentó a su lado. Sin hablar. Sin ajustarse el bigote. Solo estar. A veces los p también saben acompañar.

—Mañana —dijo Martina— es la final.

—Lo sé.

—Voy a ganar.

—Lo sé.

—¿Cómo lo sabes?

Peoncito se ajustó el bigote. Despacio. Con ceremonia.

—Porque eres Martina. Y Martina no se rinde. No se enfada. No cae en provocación sobre todo... —hizo una pausa—... pega más fuerte que nadie cuando se mete para adentro. Y tú siempre te metes para adentro.

Martina sonrió. Y por primera vez en todo el día, sus nudillos se relajaron.



*Fin del trigésimo quinto cuento.
Continuará...*

El Secreto detrás del Cuento

La preparación mental es tan importante como la física. Esta partida muestra cómo mantener la calma bajo presión es la clave para vencer al rival más complicado.



 ¡Juega la partida en tu pantalla!

Escanea este código QR con tu móvil o haz clic en el enlace para abrir el tablero interactivo en martinachess.com y reproducir cada jugada.

<https://martinachess.com/cuentos/35-el-puno-sucio.html#partida-real>

CUENTO 36

La Pelea Final

Donde Martina se mete para adentro una última vez, encaja todo lo que le lanzan, y demuestra que la mejor defensa contra un tramposo no es quejarse: es tumbarle

La noche antes de la final, Martina durmió ocho horas. Exactas. Como un reloj. Como un metrónomo. Como alguien que sabía que el día siguiente iba a ser importante de su corta carrera en el chess boxing y no pensaba desperdiciar ni un minuto de sueño en nervios inútiles.

El polideportivo estaba lleno. Las gradas, a rebosar. Don Kamo en la esquina, con su tocador, su hombro y su expresión de «he entrenado a esta niña y como pierda me retiro». Taka en la primera fila, con una bocina que había comprado especialmente para la ocasión y que le habían confiscado dos veces. Mitaka en la grada, con la ceja vendada, los ojos fijos en el ring. Había venido a verla. Aunque no se lo había dicho a nadie. Aunque probablemente ni siquiera se lo había dicho a sí mismo.

Y en el bolsillo de Martina, Peoncito. Con su bigote encerado a prueba de impactos. Con su casco diminuto. Con más miedo que un peón en séptima fila. Pero allí. Siempre allí.



—¡Señoras y señores! —rugió el speaker—. ¡La final del Torneo de Novatos de Chess Boxing! ¡En la esquina azul, con un récord de dos victorias, cero derrotas... Martina «La Fajadora»!

El público aplaudió. Taka hizo sonar la bocina (se la habían devuelto con la condición de que no la usara durante las fases de ajedrez).

—¡Y en la esquina roja, con dos victorias, cero derrotas... Machado «El Martillo Silencioso»!

Machado subió al ring. Alto. Delgado. Con los brazos colgando como dos péndulos. No saludó al público. Miró a Martina con sus ojos de tiburón aburrido y dijo:

—Bonito récord. Lástima que acabe hoy.

Martina no respondió. La Sombra le había enseñado: no entres en su juego. No le des busca. El tablero es tu respuesta. El ring es tu respuesta. Las palabras... son ruido.





Fase de ajedrez. Primer round.

Martina jugó e4. Machado respondió c5. Siciliana. Agresiva. Como todo en este t
Martina desarrolló rápido. Machado también. Pero mientras Martina jugaba limpio, Ma
jugaba sucio. Tocaba las piezas y luego decía «compongo». Tosía cuando Martina
mover. Golpeaba el reloj con más fuerza de la necesaria. Pequeñas cosas. Agujas dim
El catálogo completo del tramposo de manual.

Martina respiró. Ignoró. Jugó.

—Tu alfil está mal colocado —dijo Machado en la jugada siete—. Si yo fuera tú, lo camb

Martina no respondió. Movió su dama a b3. Presión sobre f7.

—Esa dama está expuesta —insistió Machado—. Te la voy a cazar.

Martina sonrió para sus adentros. La dama no estaba expuesta. La dama era una trar
Machado la atacaba, caía en una clavada de alfil que le costaría la partida. Y Ma
confiado, picó. Movió su caballo para amenazar la dama.

Martina jugó Ag5. Clavada. El caballo de Machado quedó inmovilizado. Su dama no
defender. Su rey estaba en el centro. Tres jugadas después, Martina anunció:

—Jaque mate en dos.

Machado miró el tablero. Su mandíbula se tensó. Buscó una escapatoria que no ex
entonces, en vez de aceptar el mate, dijo:

—Compongo.

Y movió su rey una casilla. Ilegalmente. El rey no podía ir ahí. Estaba en jaque. M
levantó la mano.

—Árbitro, jugada ilegal. El rey no puede moverse ahí. Está en jaque.

El árbitro se acercó. Verificó. Asintió. «Jugada ilegal. Dos minutos de penalización Machado. La posición se restablece.»

Machado apretó los dientes. Pero no dijo nada. Su truco no había funcionado. Martín inmutarse, jugó el mate que ya tenía calculado. Dama a f7. Jaque mate.

—Gana la fase de ajedrez... ¡Martina!



Fase de boxeo. Primer round.

Machado salió furioso. El ajedrez le había herido el orgullo. Y un Machado herido es un Machado peligroso. Sus jabs volaban como látigos. Su alcance era imposible. Martina intentó entrar, pero los brazos de Machado eran una muralla.

Y entonces, el codo. En las costillas. Rápido. Cuando el árbitro giraba la cabeza. Martina recibió el golpe, se dobló, pero no cayó.

—¡Árbitro! —gritó Don Kamo desde la esquina—. ¡Codazo!

—No he visto nada —dijo el árbitro.

Machado sonrió. Martina respiró. La Sombra le había dicho: «Si el árbitro no lo ve, quejese. Quejarte te desconcentra. Sigue peleando. Ya ajustarás cuentas.»

Y siguió peleando. Recibió dos jabs. Tres. La nariz le sangraba. Pero no se cayó. Siempre. Como en el tablero. Aguanta. Aguanta. Aguanta.

Sonó la campana. Fin del primer round de boxeo.



En la esquina, Don Kamo le limpió la sangre de la nariz.

—Te está midiendo —dijo—. Sabe que eres más rápida en ajedrez. Quiere noquea boxeo antes de volver al tablero. No se lo permitas.

—¿Qué hago?

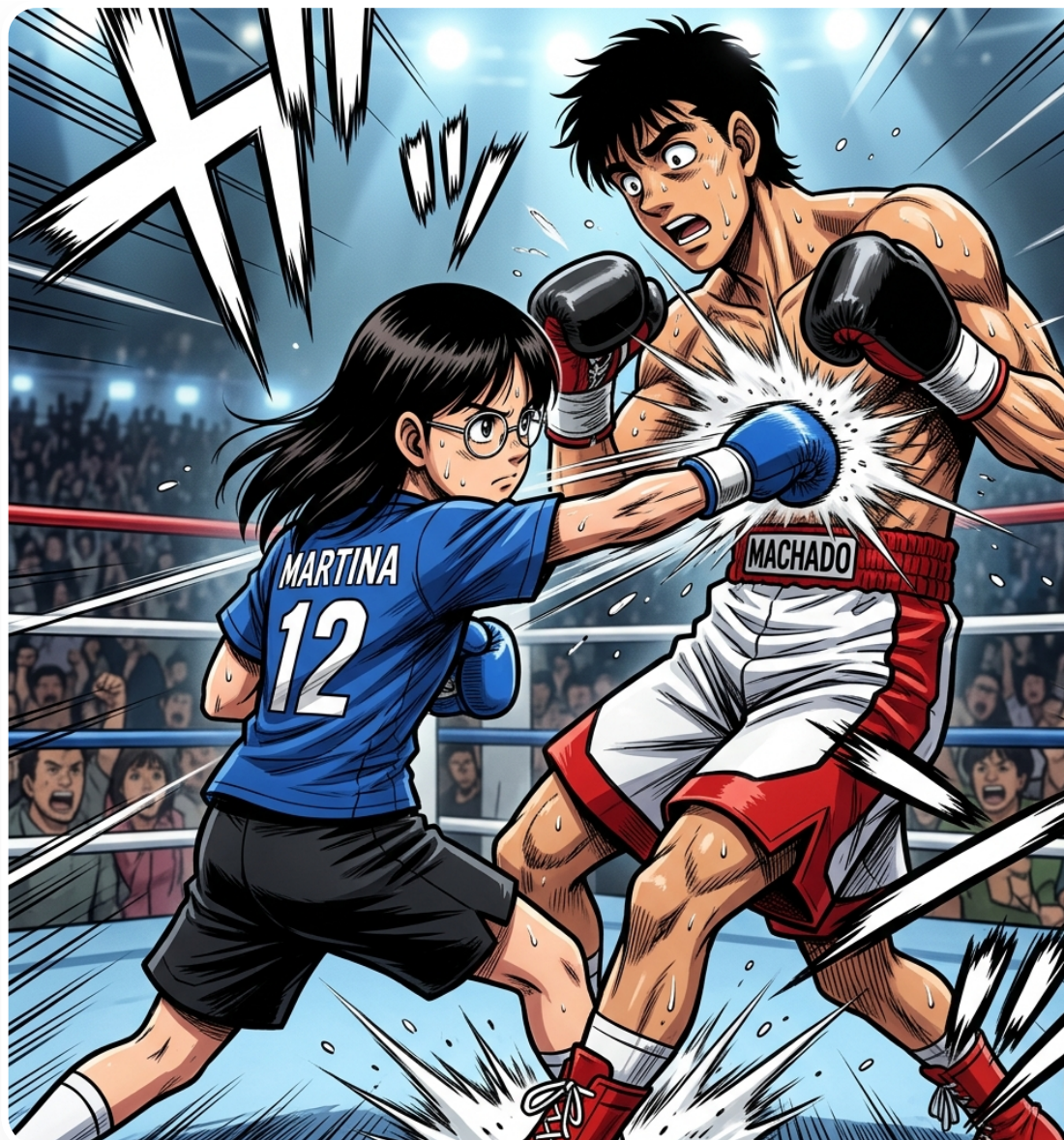
—Lo que sabes hacer. Meterse para adentro. Te va a doler. Mucho. Pero una vez dent brazos largos no sirven. Sus codos no sirven. Solo sirve tu gancho. —Don Kamo la miró ojos—. Confía en tu gancho.

—Confío.

Segundo round de boxeo. Machado salió igual. Jabs. Jabs. Jabs. Martina aguantó. Ag Aguanta. Y entonces, cuando Machado lanzó un directo demasiado largo, Martina se Como siempre. Como nunca. Como toda su vida.

El codo de Machado le rozó la sien. Pero ya daba igual. Ya estaba dentro. Y desde all distancia corta, donde Machado no podía defenderse, Martina lanzó su gancho. El i gancho que había doblado a Mitaka en el gimnasio. El mismo que había tumbado a Se El mismo que Don Kamo le había enseñado a lanzar desde la cadera, con todo el cuerpo toda el alma.

El puño impactó en el estómago de Machado. Machado se dobló. Sus ojos de tibu abrieron de par en par. Sus brazos de péndulo cayeron. Y él con ellos. Al suelo. A la l silencio.



El árbitro empezó a contar. Uno. Dos. Tres. Cuatro. Cinco. Machado intentó levantar pero no pudo. Seis. Siete. Ocho. Machado apoyó una rodilla. Nueve. Diez.

—¡KO! ¡GANADORA POR KO... MARTINA!



El polideportivo estalló. Taka hizo sonar la bocina siete veces antes de que se la volvieran a confiscar. Mitaka, desde la grada, asintió. Solo una vez. Pero Martina lo vio. Y supo significaba.

Don Kamo la abrazó. O intentó abrazarla. Era más un apretón de hombros con orgullo gancho —dijo—. El maldito gancho. Te dije que confiaras en él.»

Martina levantó los brazos. Le dolía todo. La nariz. Las costillas. El orgullo. Pero sonreía.

Peoncito asomó la cabeza del bolsillo. Su bigote estaba torcido. Su casco, abollado. Pe los ojos de cristal brillaban.

—Lo has hecho —dijo—. Has tumbado al tramposo. Sin trampas. Sin excusas. Sin queja puños. Y ajedrez.

—Y gancho.

—Y gancho. Sobre todo gancho.

—¿Me he metido para adentro?

—Como siempre. Como nunca. Como toda tu vida.



Esa noche, en el vestuario, mientras se quitaba las vendas de las manos, Martina se miró en el espejo. Tenía un moretón en la mejilla. La nariz hinchada. Los nudillos en carne viva. Sus ojos... sus ojos eran los de alguien que acababa de ganar mucho más que un torneo novatos.

Mitaka apareció en la puerta del vestuario. Con su ceja vendada. Con sus ojos de tablero calma.

—Buen gancho —dijo.

—Gracias.

—La próxima vez —Mitaka hizo su pausa característica—... no voy a perder.

—La próxima vez —dijo Martina— no voy a dejarte.

Mitaka casi sonrió. Casi. Y se fue. Sin ruido. Como siempre.

Martina se quedó sola en el vestuario. Bueno, no del todo sola. Peoncito estaba en el intento de desabrocharse el casco sin brazos. «Un poco de ayuda —dijo—. No tengo k Ya lo sabes. Pero siempre lo olvidas.»

Martina le quitó el casco. Peoncito se ajustó el bigote.

—¿Y ahora qué? —preguntó—. ¿Después de ganar el torneo?

Martina lo pensó.

—Ahora... más. Siempre más. El torneo de novatos es el principio. Luego viene regionales. Los nacionales. Los mundiales. El chess boxing es infinito. Como el ajedrez. el boxeo. Como todo lo que vale la pena.

—Eso es muy ambicioso.

—Soy ambiciosa.

—Eres insoportablemente ambiciosa. Pero me gusta.

Martina apagó la luz del vestuario. Y mientras caminaba hacia la salida, con el trofeo en la mano y las vendas en la otra, pensó en todo lo que había pasado. En Don Kamo. En Te Mitaka. En la Sombra y su cuaderno. En Sendoro y sus golpes locos. En Ozuna y sus ga En Machado y sus codos. Y en ella. En Martina. La fajadora. La que aguantaba. La que metía para adentro. La que nunca se rendía.

Y sonrió. Porque esto era solo el principio.

Fin del trigésimo sexto cuento.

Continuará...

El Secreto detrás del Cuento

En el chess boxing, como en la vida, el tramposo siempre cae. No por el árbitro. No por suerte. Sino porque alguien, en algún momento, decidió no responder a sus trucos simplemente jugar mejor.



 ¡Juega la partida en tu pantalla!

Escanea este código QR con tu móvil o haz clic en el enlace para abrir el tablero interactivo en martinachess.com y reproducir cada jugada.

<https://martinachess.com/cuentos/36-la-pelea-final.html#partida-real>

Anexo: Glosario de Conceptos

En este libro, Martina ha explorado conceptos reales de la teoría y la práctica del ajedrez. Aquí tienes un resumen de las lecciones clave:

El Centro y el Desarrollo

Controlar las cuatro casillas centrales (d4, e4, d5, e5) es vital. Desarrollar las piezas menores (caballos y alfiles) temprano y asegurar el rey mediante el enroque son los primeros pasos de cualquier campeón en la apertura.

La Clavada (Pin)

Una táctica donde una pieza atacada no puede moverse porque exponería a una pieza más valiosa (como el rey o la dama) detrás de ella. Es la táctica favorita de Martina y la estudia de forma continua.

El Zugzwang

Una situación en la que cualquier movimiento que haga un jugador empeorará su posición. En ajedrez, a veces tener la obligación de mover es una desventaja fatal.

El Sacrificio e Iniciativa

Entregar material (como un alfil o una dama) para abrir líneas de ataque y ganar la iniciativa, obligando al oponente a defenderse en lugar de atacar, al estilo de Mikhail Tal.

La Oposición y Regla del Cuadrado

Conceptos fundamentales de finales de peones. La oposición permite al rey ganar espacio bloqueando al rey rival, y la regla del cuadrado calcula si un rey puede interceptar a un peón pasado en carrera.

MARTINA

Y LOS CUENTOS DE AJEDREZ

Parte 6: Mentos y Puños

Este libro es una puerta mágica al tablero de las sesenta y cuatro casillas. A través de aventuras absurdas y personajes entrañables, la teoría real del ajedrez cobra vida para los más pequeños.

En esta parte, Martina explora Mentos y Puños a lo largo de 6 cuentos llenos de creatividad, humor y aprendizaje.

"El ajedrez es la guerra sobre un tablero. El objetivo es aplastar la mente del oponente."

— BOBBY FISCHER



<https://martinachess.com>